

Los criados retrocedieron para no interrumpir sus preces, y cesaron en sus gemidos, sucediendo el silencio más profundo.

Marcela tomó en sus brazos á Margarita y la condujo fuera del aposento.

.....

.....

Al día siguiente, cuando el moribundo sol de la tarde doraba las cimas de los más altos álamos, un coche, cerrado escrupulosamente, tomaba al trote el camino que conduce á la falda del Moncayo; iban en él un ataúd, que encerraba el cuerpo del Barón de Medina, y un religioso que oraba con las manos cruzadas sobre el pecho.

Tres días con tres noches caminaron; al finar el último, el coche se paró delante de las macizas puertas de un monasterio; se abrieron éstas, y dos monjes sacaron del carruaje el ataúd; siguióles su compañero, y la fúnebre comitiva desapareció á través de las sombrías bóvedas, mientras el coche se alejaba rápidamente.

Cerráronse después con estrépito las puertas del convento, oyéndose por largo rato el ruido de las llaves y cerrojos.

El mismo día llegó á la quinta un elegante coche de camino, en el que venía un grueso personaje que se quejaba del polvo y del cansancio.

Era el doctor que Marcela había enviado á buscar á toda prisa para asistir á su señor, y que, sin apearse, volvió á la ciudad.

## PARTE SEGUNDA

---

### EL BIENHECHOR

Alúmbrate con la antorcha de la esperanza hasta en las sombras mismas de tu muerte, seguro de que la Providencia no tiende lazo alguno á tus pasos; cada aurora la justifica; el universo entero se fia de ella; sólo al hombre ha ofrecido dudas; pero mi venganza paternal confundirá la duda infiel en el abismo de mi bondad.

(ALFONSO DE LAMARTINE, *Meditación VII.*)

### CAPÍTULO PRIMERO

VALENTINA

Dos meses han transcurrido apenas desde el día en que la joven Margarita perdió á su esposo, ó mejor dicho, á su padre; la quinta no ha variado, á no ser el jardín en el que los ardores del estío han derramado un nuevo lujo de flores y verdor.

Mirándola, no obstante, con cuidado se adver-

tiría en ella mucha más ostentación: la servidumbre se ha aumentado considerablemente, y en la cochera se ven tres elegantes carruajes, al paso que en las cuadras piafan impacientes seis soberbios caballos cordobeses.

Pero el corazón de Margarita está cubierto de luto: todavía no ha salido del aposento en que la acostaron desmayada dos meses antes; y no ha recibido tampoco más que á un anciano, antiguo y leal amigo de su esposo, que hace con ella las veces de padre, más bien que de tutor.

Este caballero vino á la quinta desde la ciudad, en la cual recibió, según dijo, una carta del Barón escrita pocos días antes de morir: rogábale en ella que se apresurase á ir á verle, porque le quedaba poco tiempo de vida y quería, antes de abandonar el mundo, recomendarle á su pobre Margarita, á la que dejaba sola en él; pero la carta se atrasó porque el caballero don Justo de Astorga, á quien iba dirigida, no se hallaba á la sazón en la ciudad, y tardó algún tiempo en recibirla.

Cuando se presentó en la quinta, el Barón había muerto, y se le dijo que la Baronesa no recibía. Don Justo, sin apearse de su carruaje, sacó de su bolsillo una cartera, y tomó de ella la referida carta, que entregó á la camarera de Margarita. Pocos instantes después volvió aquélla, rogó al caballero que la siguiese, y le condujo al aposento de su señora.

Al verle, la joven prorrumpió en llanto y le

tendió la mano, que don Justo estrechó en las suyas. Aquella visita fué corta. Media hora después, el anciano subió á su coche, que tomó al trote el camino de la ciudad.

Desde aquel día pasaron muy pocos sin que el buen caballero dejase de ver á Margarita; mas en vano trató por diferentes medios de consolar su aflicción. Su dolor tomaba cada día un carácter más alarmante: ya no lloraba ni exhalaba gemidos; pero se la veía enflaquecer, apagarse la luz de sus ojos y palidecer sus labios.

Aquella joven no podía vivir sin amar; pero por una implacable fatalidad de su destino, había visto caer heridos de muerte todos los objetos de su cariño. Su padre, joven y valiente militar, dejó el mundo antes que Margarita viese la luz, y contaba la pobre niña cuatro años apenas cuando perdió también á su madre, que, antes de morir, la recomendó á los cuidados del Barón de Medina, pariente suyo lejano.

Ningún amparo había quedado á la infeliz huérfana en este mundo; su madre, vástago de una familia ilustre, había sido desheredada al unirse con el joven Alvarez, que era gallardo, de nobles sentimientos y alma elevada, pero de nacimiento humilde, y que sólo tenía una charretera. Así, pues, cuando murió, nada pudo dejar á su joven esposa, que se vió obligada á trabajar incesantemente para sostenerse con la pequeña Margarita, nacida un mes después de la muerte de su padre.

Ninguno de sus inhumanos parientes tendió á la pobre joven una mano protectora; únicamente el Barón de Medina la visitaba, y le proporcionaba algunos socorros que atenuaban la amargura de su situación.

La señora de Alvarez había nacido en Zaragoza, y allí se había casado; cuando murió su esposo, estaba en Madrid; pero pasados los primeros instantes de su dolor, volvió á la capital de Aragón porque quería que su patria fuese también la del hijo que llevaba en sus entrañas.

Algún tiempo después volvió Alberto de sus largos viajes. Apenas conocía á la señora de Alvarez; pero le habían hablado en varias cartas del *disparatado* casamiento de aquella joven, prima suya muy lejana, pero que llevaba uno de sus apellidos. Al volver á Zaragoza, supo con sumo pesar que la pobre joven había perdido á su esposo, y que vivía allí en la indigencia con una niña de pocos meses.

El corazón de Alberto era bueno y generoso; aunque muy joven, prefería el placer de hacer bien á todo otro goce, y jamás se gloriaba de sus beneficios; informóse un día de la habitación de la pobre viuda, y al cerrar la noche se dirigió á ella, solo y modestamente vestido.

La mitad de la ciudad tuvo que atravesar antes de llegar al punto á donde se dirigía; era éste uno de los callejones más oscuros y tristes que se encuentran detrás del magnífico templo metro-

politano del Salvador, y alumbrado sólo por un sucio farolillo; después de muchas vueltas y comparando las señas que llevaba escritas en su cartera, con las casas que veía, llamó en una que constaba de un solo piso, y tenía sobre la puerta un pequeño balcón; al cabo de un rato, se oyeron pisadas ligeras, y á poco abrió una joven vestida de luto.

—¿Vive aquí la señora de Alvarez?—preguntó el Barón, quien, á la débil claridad de la vela que la joven llevaba en la mano, no podía distinguir su figura.

—Sí, caballero, yo soy—contestó con afabilidad.

El Barón deshizo el embozo de su capa, descubrióse, y se inclinó profundamente.

—Tenga usted la bondad de seguirme, caballero—dijo Valentina (que éste era el nombre de la joven), después de contestar á aquel saludo inclinando graciosamente la cabeza, y dirigiéndose á la escalera.

Cerró Alberto, y obedeció. Al llegar á la puerta de la habitación, la joven pasó delante, puso el candelero que llevaba en la mano sobre una mesa, y señaló una silla al caballero, tomando otra para sí; mas por una exquisita delicadeza, y á pesar del extremado frío que hacía, dejó abierta la puerta del aposento.

Entonces pudieron examinarse entrambos.

Llegaba apenas Valentina á los veinticuatro

años; su estatura era regular, y la elegancia y perfección de sus formas parecían mayores á causa de la pobreza de su traje y de la miseria de todo cuanto la rodeaba; sus ojos grandes y azules tenían una mirada dulce y pensativa, que parecía reflejar la pureza de su alma; sus magníficos cabellos castaños, enlazados en graciosa forma detrás de su cabeza, dejaban descubierta su blanca frente y sus sienes, de una candidez encantadora; tenía su boca una adorable expresión de gracia y de bondad, debido sin duda á la pequeñez de su forma y á que su labio inferior era algo saliente; pero la infeliz joven estaba delgada en extremo, y sus mejillas blancas como el alabastro.

Llevaba un vestido de lana negro, claro en fuerza del uso, que dibujaba su talle, de una esbeltez y finura de contornos maravillosas; mas ¡ay! fácilmente se descubría que su garganta, sus lindas manecitas y su pecho eran muy delgados también... ¡Terrible, desoladora esbeltez la que presta la miseria!

A pesar del intenso frío de aquella noche de Enero, no llevaba abrigo alguno; sólo un lindo delantal de raso negro anudaba en su preciosa cintura sus anchos y flotantes cabos; y su garganta, suave y torneada como la de una niña, no tenía otro resguardo que un cuello de crespón, vuelto encima de su vestido.

En cuanto al Barón, tenía entonces veintidós

años, y su belleza encantaba los ojos y dejaba en el alma una profunda impresión.

Era alto, y sus facciones, como sus formas, de una perfección intachable; tenía la tez morena como el ámbar, pero límpida y tersa como la de una mujer; sus ojos negros y rasgados parecían haberse abierto bajo el sol de Italia y haber recibido de él su ardiente luz; negros también los cabellos, y rizados, formaban por sí mismos gruesos y hermosos bucles, que el más hábil peluquero no hubiera podido imitar; su bigote, negro y sedoso, no robaba el encanto de su sonrisa, algún tanto triste, ni ocultaba la hermosura de sus dientes; antes bien, hacía resaltar el subido carmín de sus labios y el contorno de su delicada nariz.

Su traje, aunque sencillo en extremo, estaba hecho en París, de donde acababa de llegar.

Alberto esperó en pie á que Valentina ocupara su asiento, y después se sentó también, paseando una mirada melancólica por aquel triste aposento.

No tenía alcoba, y el lecho, cubierto de cortinas blancas, ocupaba uno de sus extremos; una mesita con tocador, algunas sillas con asientos oscuros, y un sofá igual constituían todo su ajuar; en el centro había una gran mesa de labor, cargada de piezas de lienzo moreno y tosco, en las que sin duda cosía Valentina antes de llamar Alberto. Había allí, no obstante, un mueble lindo y lujoso: era una cuna de caoba, cubierta con bonitas cor-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

tinas de raso azul celeste, que sujetaban ligeras varillas doradas; en ella estaba acostada una preciosa niña, que no llegaría á un año, y cuyos dorados bucles se extendían sobre la almohadita de batista guarnecida de encajes; dormía profundamente, y sus graciosos piececillos salían por debajo de las finas sábanas y de la colcha de seda; pero aquella pobre criatura estaba flaca y descolorida como su madre.

—Mi visita debe causar á usted sorpresa, señora—dijo el Barón con voz conmovida;—es la primera vez que tengo el honor de verla, y me he presentado solo en su casa contando con su indulgencia, que deben hacer más extensa los lazos de parentesco que nos unen.

—¿Es usted acaso pariente mío?—preguntó la joven, sorprendida en efecto, porque tampoco tenía el gusto de conocerle.

El acento de Valentina no manifestaba ni la amargura de la queja por hablar á uno de los individuos de su desnaturalizada familia, ni la alegre esperanza de encontrar un protector en aquel desconocido. El Barón la contempló con admiración: aquella mujer tenía alguna cosa de augusta y santa; su dolorosa miseria, sufrida con tanto valor y altivez, la dignidad de su porte, la elegancia de sus modales, un no sé qué de atractivo que había en su derredor, y que podía llamarse el reflejo de su virtud, le extasiaba y seducía. Por nada del mundo hubiera querido él ofen-

derla con una imprudente franqueza: deseaba, por el contrario, tener con ella todos los miramientos y atenciones que son indispensables en la sociedad, porque sabía que la desgracia hace exigentes á las personas que la sufren sin merecerla; mas, por un movimiento franco y espontáneo, alargó su mano á la joven.

—Soy su primo de usted, Valentina—dijo,—y siento un verdadero placer en darme á conocer como tal; si hasta ahora no he tenido la dicha de verla, ha sido porque salí á viajar cuando usted estaba en el convento de Santa Rosa, donde se educaba, y no he regresado hasta ayer.

—Seas, pues, bien llegado, primo mío—dijo la joven estrechando cordialmente la mano del Barón; y su apacible y encantador semblante se animó de una sencilla alegría.

La conversación siguió algún tiempo; pero Valentina evitó cuidadosamente la alusión más pequeña á su mísera situación. Con la candidez natural de su carácter, refirió á su primo el amor que sintió por su esposo, lo dichosa que la hizo mientras vivió á su lado, y su dolorosa pérdida.

—Pero—concluyó, volviendo sus ojos llenos de lágrimas á la cuna de su niña—todavía me ha dejado Dios un bien, que no se compra con la ventura mayor... ¡mi hija!... ¡Oh, Margarita mía!—prosiguió besando los dorados cabellos de la niña;—mientras tú vivas, soy feliz...

Alberto selló con sus labios la blanca frente de Margarita, estrechó de nuevo las manos de su madre, y salió con el corazón comprimido y lleno de admiración hacia aquella noble é infortunada joven.

## CAPÍTULO SEGUNDO

### BENEFICENCIA

El Barón de Medina vivía en el gran mundo hacía ya mucho tiempo; tenía casa en Madrid, pero había ido á su ciudad natal atraído por el deseo de ver á su familia, cuyos únicos restos eran una tía, anciana y muy rica, pero solterona, de duro corazón y enemiga mortal de la pobre Valentina. De ésta nada ó casi nada sabía Alberto; pero su tía le inició pronto en su historia, pintando á la joven con los colores más odiosos; mas el generoso corazón del Barón sólo comprendió, de aquel largo relato, que una parienta suya vivía en la indigencia, y ya se ha visto que la buscó en seguida.

El Barón estaba entonces preocupado por una intriga amorosa, en la que, sin embargo, no tomaba parte alguna su corazón, que conservaba completamente libre, á pesar de vivir en medio de los placeres del mundo. Un año antes había aparecido en Madrid una hermosa y adorable joven, la Marquesa de Santa Fe. Su belleza, rara por su sencillez y su total ignorancia de toda coquetería, le atrajo una nube de adoradores; pero acababa de casarse, y aunque se conocía fácilmente